

GARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

los años que pasan

PARECE que los primeros años de la vida discurren al valentí. Cada uno de los acontecimientos de los que están formados, adquiere entidad propia en nuestra conciencia. Es curioso observar la panorámica que ofrecen desde la altura en que ahora estamos. Nos asombra pensar que ciertas emociones no estén separadas, entre sí, más que por un período brevísimo de tiempo. Aquel suceso de nuestra niñez no distó más de medio año de otro suceso que para nosotros también tuvo una importancia extraordinaria. De una a otra muchacha no pasaron más que breves semanas; ¿pero qué distancia parecen cobrar entre sí! La fronda de un jardín se interpone entre dos lances y parece que los separe por porciones de tiempo prolongadas; y, en realidad, entre uno y otro, no medió más que un año, tan pródigo, sin embargo, de sucesos que aquello nos parece ahora una vida entera. Luego los años se van achicando; y ahora nos parecen un soplo. En realidad, cuando ocurre la vida, tiene un fulgurante valor de estreno; más tarde, su uso se hace fugaz. Los diez años últimos nos parecen un soplo. Pero de los quince a los veinticinco años fue un vértigo de emociones y sobresaltos. Todo, en aquellos otros diez años, fue trepidante novedad.

Esta desproporción hace injusta la vida. La juventud es demasiado breve. El impulso vital se agota pronto. El séquito de acontecimientos que resuelve nuestra personalidad es un movimiento veloz sobre nuestra carnadura, en lo físico como en lo moral. Luego, se entra en una especie de monotonía, que se torna a su vez demasiado prolongada. Aquel proceso de transformación y de creación, ha dejado en nosotros un poso de recuerdos y nostalgias con los que muchas veces llenaremos luego una vida entera. Pensamos en el experimento vital y literario de Marcel Proust. Tardó unos pocos años, los postreros de su vida, en elaborar el recuerdo de otros pocos años de adolescencia y juventud. Cuando terminó el fulgor radiante que aquellos recuerdos tenían en su ánimo, terminó su obra y su vida. Por eso todos los hombres somos en gran parte una nostalgia. Y lo curioso es que, esta nostalgia de algo que fue, no nos avisa de que lo que vivimos en la niñez y adolescencia se irá confitando en nuestro ánimo hasta cobrar ese tono de epidermis rosada y como de oro, ni de que producirá el olor de manzana camuesa que tienen los recuerdos. Vivimos entonces los sucesos con glotonería y sin reflexión. No somos más que una capacidad de asombro y una energía desbocada sobre las cosas del mundo, inconscientes del manantial que dejamos discurrir o del tesoro que manejamos. La vida se nos va a borbotones y sin que la sepamos detener ni medir.

Larga, dilatada vida de la que sólo, como en el fruto del melón, podemos saborear la parte del fruto que está primero a nuestro alcance, mientras debemos renunciar a la que se arima a la corteza. Por contraste, esta porción que cortamos no es en la vida la que está más madura, sino aquella más cercana a la raíz. ¡Si el mundo se nos pudiera ofrecer al menos en todo su dulzor cuando ya la experiencia nos ha adiestrado! Pero los años de nuestros trabajos y de nuestra humillación humana, acontecen cuando ya hemos malgastado los beneficios de nuestra inconsciente juventud.

He aquí la pesadumbre de estas fechas para el hombre cuya vida ya empezó hace años. El cambio del año no es una efeméride alegre más que para los jóvenes; y aún diría yo que para los muy jóvenes. Para los demás, es sólo un hito inoportuno en la rutina de la vida. Tal vez sea preciso que el cambio de la anualidad se señale y se festeje, para evitar el triste espectáculo de todos aquellos que se niegan a envejecer. Hay muchas damas que

ya eran granadas cuando murió Rodolfo Valentino, que mantienen en su porte y en su acicalamiento rizos y potingues anacrónicos, con los que no han sabido seguir ni servir la huella del tiempo. Esas damas que no saben ser viejas es que antes no han sabido ser jóvenes. Han dejado que los años discurren sobre ellas, sin comprender el sutil envejecimiento que nos contagia el eco de las doce campanadas en el cristal del sueño. Cada uno de nosotros está obligado a envejecer un año más, cuando se produce ese inconsecuente y aparentemente trivial latido. Por más que hagan aun los más afortunados, no acertarán a escucharla más de ochenta o noventa veces y hay que escudriñar y ser dóciles a su sentido y a su significación.

Los años que pasan tienen con nosotros, al principio, ciertos miramientos, como si no nos conocieran. Pasan despacio y sin atolondramiento. Pero luego, ya entrados en confianza, nos tratan de mala manera. Nos adelantan a empujones, como si no nos conocieran. Cada uno de esos años que llegan ahora atropellándonos son como apresurados viajeros en un autobús, que alcanzan apresuradamente el estribo, sin reparar ni a quién pisan, ni a qué vienen, ni a dónde van. Nos asusta contemplar el espectáculo de total indiferencia y tristeza que se delata en el porte con que acogen un año nuevo los muy viejos. Es a ellos a quienes debiera afectar más la llegada de un nuevo año; ellos debieran apurar hasta el límite la significación de este tránsito. Pero muchos de ellos ni se inmutan, no dan a ese día un valor distinto a los demás. Esperan a que llegue esa hora sombría, en que da lo mismo un día que otro, y no se molestan en contar, ni pasan las cifras del balance tardío. Y ellos fueron sin duda como los muy jóvenes, a quienes sobresaltó y emocionó el sonido de las doce campanadas, en un año en que tal vez nacía Alfonso XIII o se suicidaba Ganivet.

Lo mejor es, sin duda, dejar que venga el nuevo año; pero no hacer el menor gesto por el hecho de que llegue; hay que tratarle como un viejo conocido al que no haya que celebrar expresamente. No vaya a ser que se extrañe de nuestra solicitud e inquietud sobre nuestros pormenores. Ante el curso del tiempo, lo más útil es pasar desapercibido; cualquier movimiento nuestro extemporáneo pudiera romper este statu quo que entre los años y nosotros parece establecido y sancionado. Había una vieja labriega que rumiaba al sol sin moverse. Algunos vecinos le traían el pan. Alguna vez la habían invitado a incorporarse, para remover aquel cuerpo aterido. "No, no. No se me vayan a remover los años", protestaba.

La vida de las gentes se prolonga. Los nuevos descubrimientos de la farmacia y de la medicina aseguran a cada hombre un promedio de vida de veinte años más que en nuestra juventud. Pero si estos veinte años de más no se cargan precisamente a favor de la cuenta de los años mozos, ¿de qué nos van a servir? Más que alargar la vida, lo que debiera descubrir la ciencia es el modo de hacerla más intensa y soñadora en sus primeros años. Que de los quince a los veinticinco años pudieran pasar los hombres dos décadas suplementarias de su calendario, ésa sería una noticia admirable. Prolongar la falta de ilusión por las cosas en veinte años más no constituirá para nadie el menor regalo. De lo que se trata es de prolongar la energía y la ilusión.

Este año que se avecina, este año que viene, que ha venido ya, va a ser el resuello de una humanidad que afina sus instintos y quiere progresar; va a ser la ampliación de una cultura planificadora, en la que habrá yerros y logros, vidas y muertes, como todos los años. Nosotros, dentro de este incessante rodar del mundo, procuraremos no movernos, no sea que se nos vayan a remover los años que ya empezamos a tener.